

mente todo lo que les habia dicho acerca de la felicidad de servir en paz al Señor.

San Canuto, rey de Dinamarca, el mismo, segun se cree, á quien se dá el nombre de Acon en las cartas de San Gregorio VII, mereció ser colocado entonces en el número de los mártires por el celo de la fé, que fué causa de su muerte. Con el objeto de estender la Religion mas bien que de hacer conquistas, continuó las expediciones de su padre contra los bárbaros que habitaban al oriente del mar Báltico (1). Despues de haber acabado con los reinos de Curlandia, Sembria y Estonia, se aplicó principalmente á establecer el reinado de la justicia y el esplendor de la Iglesia. A fin de conciliar á los obispos la veneracion de los pueblos, en quienes tiene tanto influjo el lustre exterior, los igualó con los duques que formaban el primer orden del Estado. Eximió al clero de la jurisdiccion secular, y permitió á los jueces eclesiásticos imponer castigos por los delitos contra la Religion, atribuyéndoles el conocimiento esclusivo de estos asuntos. Quiso tambien que se pagasen los diezmos; pero esta providencia causó una revolucion general, y los señores de quienes esperaba mayor fidelidad fueron sus mas peligrosos enemigos. Se vió precisado á huir á Sleswick, y despues á la isla de Fionia, donde estando oyendo misa, como lo tenia de costumbre todos los dias, fué acometido por los rebeldes. Viendo que echaban abajo las paredes, llamó un sacerdote, se confesó con grandes sentimientos de penitencia, y luego se postro delante del altar con los brazos en cruz. En esta postura recibió mil heridas sin hacer el menor movimiento. Los milagros que se hicieron en su sepulcro manifestaron muy pronto su santidad. Fueron tales, que no pudiendo negarlos los autores de su

(1) Bell. Sam. lib. 11, pag. 194.

muerte y no queriendo confesar su delito, dijeron que se habia santificado por medio de la penitencia en los últimos momentos de su vida.

No se debe confundir á este santo rey con su sobrino el duque Canuto, tambien mártir, á quien honra la Iglesia el 7 de enero. La reina Adela, viuda del rey Canuto, se retiró con su hijo Carlos á los Estados de su padre Roberto el Frison, conde de Flandes. Heredó luego Carlos este condado, en el cual se mostró digno de la sangre de los santos que circulaba por sus venas, y mereció ser colocado tambien en el número de aquellos que reciben culto público de la Iglesia. Algunos cronologistas de buena nota refieren la muerte del rey Canuto al año 1086.

La de Guillermo el Conquistador hizo tanta sensacion en el mundo cristiano, que no era posible se dudase de la época en que sucedió (1). Habia entrado en Francia este príncipe para vengarse del rey Felipe por una chanza que se le escapó contra él, y le dió en efecto una leccion eternamente memorable á todos los príncipes burlones. Habiendo preguntado Felipe, á causa de la gordura excesiva de Guillermo que le obligaba á estar mucho tiempo en cama, cuándo se levantaba despues de su parto? «Por el esplendor de Dios (dijo Guillermo) que sabrá cuándo me levanto, al ver la luz funesta de las hachas encendidas que le he de llevar.» Cumplió su palabra, entró inmediatamente en Francia, lo incendió todo, consumió las viñas y las mieses, y deteniéndose algun tiempo en la ciudad de Mantes, redujo á cenizas la iglesia de Nuestra Señora y algunos reclusos, cuyas celdas estaban contiguas á ella. Al momento fué acometido de la enfermedad que le

(1) Oderic. lib. 7, pag. 665.

quitó la vida, y luego que calmó su furor, creyó que era un castigo de sus atrocidades. Mandó que le llevasen á Rouen, donde Guiberto, obispo de Lisieux, y Gontardo, abad de Jumiega, que eran sus médicos, le anunciaron que le faltaban muy pocos dias de vida. No pudo menos de gemir cuando oyó una noticia tan fatal. Sin duda temia poco este héroe á la muerte, pues la habia arrostrado tantas veces en los combates; pero le estremecia el juicio terrible del Señor, al cual iba á presentarse antes de haber hecho penitencia.

Sin embargo, trajo á la memoria los grandes sentimientos de Religion que jamás habia perdido, aunque no siempre los puso en práctica. A fin de expiar, en cuanto se lo permitian las circunstancias, los pecados que habia cometido, legó sus tesoros á las iglesias y á los monasterios, y en particular mandó dar una cantidad considerable de dinero al clero de Mantes, para reedificar las iglesias que habia quemado en la última guerra. Hecho esto, se confesó, detestó públicamente los escándalos de su conducta, y recibió el Santo Viático con vivas demostraciones de arrepentimiento. Despues concedió la libertad á todos los prisioneros, excepto Odon, hermano suyo uterino, obispo de Bayeux. Le pidieron que no hiciese una escepcion que podria dar motivo para sospechar algun resentimiento. Pero Guillermo, digno del trono hasta la última hora de su vida, supo distinguir entre la causa de este y la de sus intereses personales. «Vosotros me pedís, dijo, por un obispo que es la deshonor de la Religion, y por un sedicioso que luego que se vea en libertad volverá á ser el azote del reino.» No obstante cedió á sus ruegos, no por un vano escrúpulo, cuya debilidad era incompatible con el carácter de este grande hombre, sino porque veia que era inútil insistir en su empeño, y que despues de su muerte

no dejaria de quedar libre un cautivo tan ilustre (1087).

Quiso evitar Guillermo, en cuanto estuviere en su mano, todo motivo de disturbio, disponiendo él mismo de sus Estados. Tenia tres hijos, que eran Roberto, Guillermo y Enrique. Roberto se habia rebelado muchas veces, y estaba todavia en la corte del rey de Francia; Guillermo y Enrique permanecian con su padre. Aunque era Roberto el primogénito no se le dió mas que el ducado de Normandía; á Guillermo que era el segundo de los tres se le adjudicó el reino de Inglaterra, y á Enrique se le dieron pensiones, con una cantidad considerable de dinero. Tomando despues el rey la palabra delante de todos, y proponiendo á sus hijos lo que debian imitar en su conducta, dijo con un tono muy patético: «Yo he honrado siempre á la Iglesia y jamás he vendido las dignidades eclesiásticas; al contrario, he creído que una de mis obligaciones mas principales era la acertada eleccion de prelados. Ahí teneis á Lanfranco, arzobispo de Cantorbery, y á Anselmo, abad del Pico, entre otras tantas personas piadosas y sabias, á quienes he constituido en dignidad. Los llamaba de todas partes para tenerlos á mi lado, y me gobernaba por sus consejos. Mis padres habian fundado en Normandía nueve abadías de monges y una de religiosas; y gracias á Dios han florecido mas y mas en mi reinado, y mediante mis beneficios. Tambien he confirmado gratuitamente todas las donaciones que han hecho mis barones á la Iglesia, asi en Inglaterra como en Normandía. Desde que soy duque, se han edificado diez y siete monasterios de hombres y seis de mugeres, en los que se sirve al Señor con edificacion. Estas son las mas seguras fortalezas de la Normandía; debeis, pues, defenderlas de la impiedad, asi como ellas os defienden de los insultos del infierno.» Algunos momentos despues de este

discurso, oyó tocar á prima en la catedral, y levantando los ojos y las manos al cielo, dijo: «me encomiendo á nuestra Señora la Santísima Virgen Maria Madre de Dios, y la suplico me reconcilie con su Hijo.» Diciendo estas palabras espiró.

Así murió á los sesenta años de su edad el mayor príncipe de su siglo, de una fuerza y de una estension de espíritu rara en todos tiempos, muy amante de la justicia, celoso del buen orden, tan enemigo del latrocinio, que llegó á esterminarle de sus Estados, y de tan buen corazón que supo conciliar la magestad y soberanía del imperio con la cordialidad y la dulzura de la amistad. Honró y protegió constantemente á la Religion, siendo en este punto tal cual nos le representa el discurso que acabamos de trascribir. Dócil hasta la muerte á las lecciones de Lanfranco, temia tomar la menor parte en el cisma que continuaba desolando á la Iglesia.

El Antipapa Guiberto seguia siendo dueño de la mayor parte de Roma, y habitaba en medio de la ciudad, en la iglesia de la Rótunda. Entretanto manifestando la condesa Matilde la misma adhesion al Papa Victor que á su predecesor, pasó á Roma, y envió á Monte-Casino á invitar al Pontífice á que fuese á tratar con ella de los medios de dar la libertad á la Iglesia. A pesar de su quebrantada salud, no quiso Victor perder una ocasion tan favorable, y el dia de San Bernabé celebró la misa en la Basílica de San Pedro, de la cual era todavia dueño el Pontífice legítimo, como tambien de la isla del Tiber, en donde se estableció, del barrio de Transtiber ó Transtevere al otro lado del rio, del castillo de Sant-Angelo, y de las ciudades de Ostia y de Porto. Tenia á su favor la mejor parte de la nobleza y casi todo el pueblo, lo que no impidió á los partidarios del Antipapa hacer el dia 28 de junio algunas tentativas contra

la iglesia de San Pedro, las que á la verdad les fueron infructuosas; pero interrumpieron el culto divino, de suerte que la fiesta del Príncipe de los Apóstoles fué tan tumultuosa, que no se pudo celebrar en su iglesia ningun oficio de dia ni de noche.

Se aumentaron las inquietudes con la noticia de que el famoso legado Hugo, arzobispo de Lyon, unos de los tres sujetos designados por San Gregorio VII para su cederle, se habia declarado contra la eleccion de Victor (1). La larga resistencia del abad Didier dió motivo á Hugo para concebir algunas esperanzas de su propia eleccion, las que habiéndose desvanecido, ocupó su ánimo el mas furioso despecho. Así degenera con demasiada frecuencia la virtud de aquellos ardientes promotores de reformas, y de aquellos que muestran un celo inquieto por todas las buenas obras ruidosas que solo sirven de ocultar el gusano del amor propio para que roa sordamente su fruto. Tal es por lo menos la sospecha que se concibió contra Hugo en vista de sus invectivas, pues publicó contra Victor unas calumnias que no tenian ni aun sombra de verosimilitud, atendida la constante humildad de aquel Pontífice, pero que contribuyeron á aumentar las turbulencias y á confirmar á los cismáticos en su rebelion.

No menos indiferente Victor á las injurias que á los elogios, solo trató de la exaltacion de la Iglesia, de cuyo gobierno se le habia obligado á encargarse, siendo él el primero que á pesar de los desastres que la afligian en su centro, intentó llevar á cabo el proyecto concebido por San Gregorio VII, de echar por tierra el coloso del poder musulman. Despues de confirmar la excomunion del emperador Enrique, de acuerdo con los cardenales y obispos, reunió un ejército de casi todos los pueblos de Italia,

(1) Chron. Virg. pag. 233.

les dió el estandarte de San Pedro con la esperanza de obtener el perdon de sus pecados, y les hizo marchar con intrepidez al Africa. Desembarcaron cerca de Mehedía, derrotaron cien mil sarracenos, y se apoderaron de la ciudad. En el mismo dia llegó la noticia á Italia, lo que se tuvo por milagro. Sin embargo, no vemos que esta expedicion tuviese por entonces grandes resultados; pero enseñó á los occidentales lo que de su valor, animado por la Religion, podian prometerse contra los infieles. Esta fué la primera levadura de la fermentacion general que no tardó en armar por siglos enteros al Occidente contra el Oriente.

A fin de remediar al propio tiempo las turbulencias que conmovian á la Iglesia y que eran causa de que no pudiesen congregarse en Roma los preladados, se trasladó el Papa á Benevento para celebrar un Concilio. Despues de pronunciar en él la sentencia de deposición y de anatema contra Guiberto, escomulgó tambien como á cismáticos á Hugo de Lyon, y á Ricardo, abad de Marsella, su cómplice; y en seguida prohibió generalmente, pena de anatema, á los legos dar la investidura de los beneficios, y

á los eclesiásticos recibirla. Estos decretos fueron recibidos con respeto por todos los obispos. Pero no vió Victor su ejecucion. Cayó enfermo mientras se celebraba el Concilio, el cual no duró mas que tres dias. Luego que se concluyó, volvió el Papa á Monte-Casino, donde hizo dimision de la abadía que habia conservado hasta entonces, y estableció por abad á Oderiso, diácono de la iglesia romana (1). Habiendo llamado despues á los obispos y cardenales, les encargó que eligiesen por Papa, segun la intencion de San Gregorio VII, á Oton, obispo de Ostia. Mandó preparar su sepulcro en la sala del capítulo, y murió tres dias despues á 16 de setiembre de 1087, á los cuatro meses y siete dias de haber sido consagrado; de manera que, habiendo sido elegido en 24 de mayo del año anterior, empleó menos tiempo en el gobierno del pontificado que en determinarse á aceptarle (2). Despues de su muerte estuvo vacante seis meses la Santa Sede, y fué combatida de tantas tempestades que nunca se conoció con mas evidencia la solidez de la basa divina en que está fundada.

(1) Chron. Cass. lib. 3, cap. 69; Bertold. ann. 1083.
(2) Chron. Cass. lib. 3, cap. 73.